

## ENCUENTROS CON ARISTÓTELES\*



De todo este conjunto de libros<sup>1</sup> el que encontré de más exigente lectura fue la obra de Sarah Waterlow *Nature, Change and Agency*. Esta obra es un intenso y meditado comentario acerca de las partes más importantes de la *Física*. Examina en profundidad el texto del tratado negligentemente organizado de Aristóteles, para revelar su estructuración profunda. S. Waterlow procura mostrar de qué manera las discusiones aparentemente autónomas e independientes de los libros I, III-IV y VIII se basan todos en una sola noción, a saber, que el mundo se compone de sustancias naturales, comprendidas como cosas, cada una de las cuales está vinculada a un patrón unitario de cambio, cuya fuente y esquema determinante está en el seno de ellas mismas.

Así, en el capítulo primero, ella considera la solución de Aristóteles para los enigmas parmenídeos sobre la imposibilidad del cambio o del llegar a ser, y sostiene que su distinción entre un sustrato permanente y una forma que reemplaza a una privación del sustrato, puede evitar el entredicho de Parménides sobre la *creatio ex nihilo* solamente si los sustratos se consideran por sí solos, como entidades en sentido estricto. De manera que la teoría de los principios del cambio en la *Física* I, 7 termina dependiendo de la teoría de las categorías y su distinción entre sustancias y atributos. Y en lo que esta última distinción se basa, según piensa S. Waterlow, es en la idea de que algunas descripciones de cosas particulares son mucho más informativas que otras, porque nos dicen mucho más sobre sus poderes causales y sobre los procesos causales por los que se producen los cambios a los que están sujetas. 'Los sujetos del cambio' —y en consecuencia las sustancias— 'son tales como para comportarse como lo hacen'. Pero esa es precisamente la noción que tenía Aristóteles de una sustancia natural, como se presenta en la *Física* II, 1, aunque aquí él va más allá, y sugiere que la naturaleza de una sustancia no solamente hace una contribución causal a su comportamiento sino que también determina completamente su patrón de cambio.

Una relación similarmente estrecha se encuentra entre esta noción de una sustancia natural y la concepción de cambio, que Aristóteles expone en la *Física* III, 1-3. Aristóteles supone sin discusión que 'la tarea de definir el cambio como tal es una y la misma que la de definir el proceso', entendido como incluyendo no solamente la aparición de alguna propiedad, sino

\*De reciente aparición como *Encounters with Aristoteles* (*Philosophy* 59, 1984) y enviado a la *Revista de Filosofía* por el autor. Traducción de Alexandra Mura, revisada por J.O. Velásquez.

<sup>1</sup>Jonathan Barnes, *Aristotle* (Oxford University Press, 1982), 101 pp., £ 6.95, £ 1.50 en rústica; Abraham Edel, *Aristotle and his Philosophy* (London: Crom Helm, 1982) XII + 479 pp., £ 14.95; W.K.C. Guthrie, *A History of Greek Philosophy*, Volumen Seis: *Aristotle: An Encounter* (Cambridge University Press, 1981), XVI + 456 pp., £ 30; *Aristotle's Physics, Books III and IV*, traducidos con notas de Edward Hussey (Oxford: Clarendon Press, 1983), XLIX + 226 pp., £ 13.50, £ 6.95 en rústica; Sarah Waterlow, *Nature, Change and Agency in Aristotle's Physics: A Philosophical Study* (Oxford: Clarendon Press, 1982), 226 pp., £17.50; Sarah Waterlow, *Passage and Possibility: A Study of Aristotle's Modal Concepts* (Oxford: Clarendon Press, 1982) 162 pp., £ 10.50; *Aristotle's De Generatione et Corruptione*; traducido con notas por C.J.F. Williams (Oxford: Clarendon Press, 1982), XVI + 239 pp., £12.50, £ 6.25 en rústica; *Aristotle's Eudemian Ethics, Books I, II and VIII*, traducidos con un Comentario por M.J. Woods (Oxford: Clarendon Press, 1982), XII + 234 pp., £11.50, £ 5.95 en rústica.

también las condiciones que conducen causalmente a su aparición. S. Waterlow sostiene que Aristóteles hace esta suposición porque 'su concepción total de cambio en el libro III está regida por la lógica del cambio *natural*'. Ya que (según afirma ella), la noción de Aristóteles de substancia natural depende de la idea de que las cosas cuyos cambios son naturales, se conciben más apropiadamente como sujetas a *procesos* que manifiestan su naturaleza: la estructura básica del cambio natural es de medios-fin, incluso ahí donde la propiedad que emerja de un cambio no haya de describirse teleológicamente, es decir, como su objetivo.

Hay dos partes de la *Física* que, a primera vista, parecen tener muy poca relación específica con la idea de una substancia natural: el análisis del movimiento local en el libro VI, y el argumento acerca de un motor inmóvil en el libro VIII. Esto es aceptado por S. Waterlow para el libro VI; efectivamente, en una de las secciones más interesantes de su libro, ella convierte en virtud la necesidad de aceptarlo y explora detalladamente las muchas facetas de las diferencias entre los tratamientos del cambio en los libros III y VI, los que ella agudiza, convirtiéndolos en teorías rotundamente incompatibles; por ejemplo: en el libro III, la unidad [de un proceso dado] se derivaba de la singularidad de la dirección inherente de estado-final especificante, y ya que la dirección fue dictada desde la partida, puede decirse que el objeto ha estado en proceso hacia (= en la dirección especificada por) T aun cuando T no haya sido alcanzada en realidad. Pero en el libro VI, 'hacia T' no tiene otra base que el verdadero resultado del proceso hacia o en T, y su unidad previa al momento del resultado, puede constituirse sólo por referencia al ordenamiento matemático de procesos-etapas (pp. 135-136).

S. Waterlow no intenta adivinar cómo llegó Aristóteles a comprometerse con estas dos conflictivas teorías. Pero continúa argumentando que la teoría del libro VI es incoherente, y que en el libro VIII el mismo Aristóteles llegó a advertir esto, señaladamente en el pasaje en que elabora una nueva respuesta a Zenón, mucho menos tolerante con la idea de que cualquier cambio tiene un infinito número de etapas, que pueden ser ordenadas matemáticamente. De modo que, en la lectura de S. Waterlow, el libro VI es un tanto ajeno al esquema conceptual principal de Aristóteles en la *Física*; pero su propio desconcierto filosófico posterior acerca de ello, autoriza a sus intérpretes a permanecer relativamente tranquilos frente a ello.

Ya se habrá hecho evidente que S. Waterlow está comprometida a negar que el libro VIII es una parte igualmente ajena a la *Física*. Ella no tiene inconveniente en demostrar que si algo está involucrado en el cambio natural, no se sigue que el cambio *no* fue iniciado (contrariamente a las enseñanzas del libro VIII) por algo externo a él, *ni* que su cambio es lo que el libro VIII llama 'cambio-propio' (como algunas veces se ha supuesto negligentemente). Más audaz y más estimulante es la razón fundamental que ella expone acerca de la inclusión que hace Aristóteles del libro VIII en la *Física* en primer lugar. Este ha definido las substancias naturales en términos de principios de cambio (en el libro II). Pero ¿podría ocurrir que 'el mundo natural pudo haber existido por un tiempo, o existido un día sin que ningún cambio en absoluto tenga lugar en él? Si esto es aún posible, entonces 'la naturaleza', como es entendida en el conjunto de la *Física*, 'no puede tomarse como el punto de partida para investigaciones de la realidad física como tal'. Lo que proporciona el libro VIII en yuxtaposición lógica, estando o no presente en la intención de Aristóteles, es argumento en contra de una posibilidad, que si se acepta como tal, socavaría la entera estrategia y base conceptual de la *Física*. La conclusión de ese argumento es la tesis de que existe un cambio primordial eterno —una rotación celestial— causado por un agente inmutable. ¿Por qué una rotación *natural* (tal como se postula en el *De Caelo*), análoga a los movimientos naturales de los cuatro elementos, y que no precisa de ningún agente semejante, no había sido suficiente para Aristóteles? Porque (responde S. Waterlow) si fuese de otro modo, su concepción del cambio enunciada en la definición del libro III como necesariamente incompleta, ya no podría sostenerse. Ahora, lo único incompleto a que podría estar sujeta una rotación eterna

sería la dependencia de un agente diferente. De manera que semejante agente debe existir —o la definición de cambio debe fallar. 'En resumen, la definición de *kinēsis* en III se mantiene, y se desmorona con la doctrina del libro VIII acerca del Motor Inmóvil incorpóreo'.

Estas ingeniosas proposiciones para la integración del libro VIII con el resto de la *Física*, como otras interpretaciones de S. Waterlow sobre este libro final, se encuentran respaldadas por una riqueza de argumentación sutil y detallada. Ella ha realizado un considerable servicio al rescatarlo del descuido en que lo tienen escritores recientes en Aristóteles, que talvez lo han encontrado filosóficamente árido y doctrinalmente no apetecible. (Esto hace mucho más lamentable el que ella no ofrezca respuesta al artículo de David Furley, que se encuentra ausente de su bibliografía, sobre 'Motores semovientes' —Self Movers— en *Aristotle on Mind and the Senses*, Lloyd and Owen (eds.) (Cambridge University Press, 1978). Aquí, como en toda la obra *Nature, Change and Agency*, S. Waterlow consigue su propósito de pensar a través de una lectura de Aristóteles, la que mantiene firmemente en vista los temas centrales de su sistema y sus relaciones, al mismo tiempo que se ocupa de los aspectos intrincados del texto. La densa textura de su pensamiento va unida a un estilo literario que, aunque civilizado, es rara vez bien definido y demasiado monocromático en su totalidad: un efecto que es reforzado por la ausencia de direcciones claras para el lector sobre la orientación que toma el argumento, o dónde empieza o termina una sección del mismo (yo mismo me vi forzado a fabricar mi propio plan y resumen del libro). Es de esperar que estos defectos no vuelvan su trabajo inaccesible. Son defectos que ocasionan al lector decidido menos resentimiento del que podrían ocasionar, ya que, en cierta forma, comunican más fielmente que una prosa más fluida y que una más precisa organización quizás hubiera podido lograr, una apreciación de lo que significa tratar de resolver las dificultades de interpretación aristotélica. Además, el libro tiene una vivacidad poco común dentro de los escritos contemporáneos acerca de la filosofía griega, principalmente porque, aunque no carece de ilustración, no está constreñido en sus líneas de enfoque a la erudición, sino que explora libremente las alternativas filosóficas abiertas a un pensador que trabaja dentro de una vena aristotélica. Hay mucho más de pura filosofía aquí que en la mayoría de los tratados sobre Aristóteles.

Las ventajas y peligros de su enfoque pueden ilustrarse a partir de su discusión del libro II de la *Física*, donde Aristóteles aborda el problema de la explicación dentro de la filosofía natural. El expone algunos vacilantes argumentos para considerar la teleología como la forma de explicación más apropiada en este caso tal como en la esfera del comportamiento animal, y relega la casualidad y la necesidad a desempeñar funciones subordinadas. Para S. Waterlow, esa es sólo la estructura superficial del libro II. Una consideración más profunda muestra que en realidad es una defensa convincente de la idea de que 'las criaturas orgánicas pueden ser adecuadamente consideradas como sustancias ontológicamente fundamentales por derecho propio', en contra de las antiguas versiones de materialismo reductivo, entendido como la doctrina de que, el comportamiento de organismos complejos sólo ha de explicarse en término de las propiedades mecánicas causales de sus componentes. De modo que el libro II se convierte en una demostración de que las sustancias naturales son 'unidades *per se*' (como le gusta decir a S. Waterlow) con su propia fuente distintiva de cambio. Por supuesto que Aristóteles interpreta esa fuente distintiva teleológicamente; pero la importancia de [su] argumento en II,8 no radica en la mera conclusión de que los fenómenos orgánicos son teleológicos, sino en la prueba de que *no pueden ser explicados como combinaciones de sustancias simples* (sus letras cursivas).

Esta es una interpretación estimulante y provocativa. Es suficientemente obvio que en varios puntos del libro II (señaladamente en los capítulos 1 y 9), Aristóteles efectivamente considera la materia como un principio de explicación y la encuentra deficiente. Pero una de las frustraciones del libro II para el lector moderno, es el hecho de que éste nunca le asigna la satisfacción del

resultado que parece merecer por el esfuerzo emprendido. Nunca articula completamente las posiciones de los diversos físicos presocráticos que ataca y, en consecuencia, sus conclusiones teleológicas parecen (por ésta, si no es por otra razón) haber sido adquiridas demasiado fácil y gratuitamente. S. Waterlow argumenta persuasiva y atractivamente, que una parte mucho mayor de lo que pudiera aparecer de su argumentación, puede, de hecho, leerse como relacionada con la amenaza del materialismo reductivo, y que la razón por la cual la amenaza no está claramente articulada es precisamente que, hasta el surgimiento de la teoría química moderna y su idea de enlazamiento, no hubo versión de un materialismo reductivo, que tuviera los recursos para generar explicaciones de la complejidad orgánica que fuesen más que 'fantasías sin esperanza'.

Siendo su discusión tan provechosa como es, el lector de la *Física* debe tener dudas acerca de ello. Si el materialismo antiguo fue en verdad tan impotente, quizás es un error, después de todo, insinuar que Aristóteles se preocupó tanto por él. Tal vez su oposición de teleología y necesidad es justamente (o al menos en el aspecto más significativo) lo que aparenta ser: la insistencia en que no es plausible tomar 'necesariamente si  $p$  entonces  $q$ ', como la forma paradigmática de explicación, sino que ' $p$  para que sea  $q$ '. S. Waterlow ignora ampliamente la larga secuencia de argumentos en II,8, donde Aristóteles indiscutiblemente hace de la teleología su punto de atención real, y aduce razones más o menos empíricas para aplicarla a la naturaleza. Pero para S. Waterlow, lo que importa en su teleología, es que se trata simplemente de la forma específica que toma su concepto de una substancia natural y sus cambios: un concepto cuyas raíces son metafísicas. En suma: su Aristóteles es un filósofo fascinante y gratificante, pero la gratificación y la fascinación a menudo han de encontrarse en la luz, a la vez distorsionadora e iluminadora que éste arroja sobre el verdadero Aristóteles.

El otro libro de S. Waterlow, *Passage and Possibility*, extiende el argumento de *Nature, Change and Agency* hacia los conceptos modales de Aristóteles. Ella toma como su punto central *De Caelo* I,12 y dos tesis con las que ella cree, como la mayoría de los escritores recientes sobre el tema, que Aristóteles se compromete allí, si bien de una manera restringida:

si es posible que  $p$ , entonces en algún momento se da el caso de que  $p$ ;

y

si se da siempre el caso de que  $p$ , entonces es necesario que  $p$ .

Qué forma deberían tomar las restricciones, y qué motiva a Aristóteles a sostener las tesis cuando ellas son adecuadamente restringidas, son las interrogantes desde las que ella comienza. Su conclusión es que los condicionales no han sido supuestos verdaderos por Aristóteles simplemente sobre la base de fundamentos lógicos, es decir, únicamente en virtud de los significados que él asigna a los términos modales. Estos se apoyan en una combinación de lógica y metafísica. A 'un enfoque temporalizado de la modalidad, según el cual la posibilidad se considera relativa a un efectivo estado de cosas en la historia del universo', Aristóteles vincula la concepción de cambio natural desarrollada en la *Física* (y en la obra *Nature, Change and Agency*). La interpretación de S. Waterlow sobre las modalidades aristotélicas ya ha sido sometida a severas críticas (véase la discusión de Lindsay Judson del libro en *Oxford Studies in Ancient Philosophy* I (1983), 217-255); y sospecho, como revisor crítico vuestro, que ella está mejor en las partes generales que en las partes técnicas de la metafísica. Sin embargo, especialmente cuando ella discute sobre el cambio, este libro tiene alguna de las mismas virtudes que su compañero más voluminoso, aunque no ofrece (como aquél) una relectura más extensa de una más extensa obra de filosofía.

Las imprentas se han mantenido recientemente ocupadas produciendo nuevas ediciones para la bien reconocida colección del Clarendon Aristotle. Cada uno de los tres volúmenes

sometidos a revisión se atiende a la fórmula común de introducción, fiel traducción y notas (dignificadas —y con razón— por el título de 'comentario' en la *Ética Eudemia* de Woods), destinadas más al filósofo que al erudito profesional. Cada uno mantiene el reconocido nivel que tiene la colección: las traducciones son precisas, la explicación es tanto filosóficamente crítica como ilustrada en Aristóteles y en estudios sobre Aristóteles. Pero las características distintivas de los autores y de los tratados que ellos presentan, son suficientes para hacer de ellos tres libros muy diferentes.

La *Ética Eudemia* de M.J. Woods es, en ciertos aspectos, la obra más exitosa del trío y ciertamente una de las mejores dentro de la colección completa. Se consideraba ampliamente en el siglo pasado que la EE era espuria, pero a pesar de que todo el mundo había estado de acuerdo por mucho tiempo en que es genuina de Aristóteles, no ha logrado atraer mucho interés verdaderamente erudito o filosófico hasta muy recientemente, cuando (para mencionar solamente un signo de revitalización) Anthony Kenny pasmó al mundo al afirmar no solamente que la EE, y no la *Ética Nicomaquea*, era el tratado oficial de ética de Aristóteles y conocido como tal por siglos después de que fue escrito, sino también que es filosóficamente superior a la EN. No queda ningún texto griego satisfactorio de la EE, ni tampoco había un comentario en inglés de ninguna especie de alguna parte de la obra, hasta que Woods lo escribió. Por lo tanto, su libro, aunque cubre solamente tres de los cinco libros de la EE privativos a la EE (tres más son compartidos con la EN, a saber, EN V-VII), es, por este solo título, especialmente bien venido, particularmente dado el caso que ha podido incorporar muchas mejoras textuales a la edición moderna estándar de la teubneriana.

Supongo que es improbable que la EE se utilice mucho como un texto para estudiantes universitarios a título propio. Pero cualquier estudiante que esté trabajando en la EN podrá hojear a Woods con provecho. En ninguna parte se encontrarán discusiones más útiles o mejor informadas (con el tipo de extensión que uno principalmente desea) sobre la concepción aristotélica de felicidad o los puntos de vista de Aristóteles sobre el significado del 'bien', por ejemplo. El comentario está escrito de principio a fin teniendo las necesidades de los alumnos con toda evidencia en mente: Woods no presume de muchos conocimientos sobre Aristóteles o sobre términos filosóficos de arte o de simbolismo lógico; es un exégeta bellamente lúcido y prudente, que permite que el texto de Aristóteles hable lo más claramente que le sea posible, antes de añadir sus propias preguntas o hacer sus evaluaciones; y realiza grandes aunque discretos esfuerzos para mostrar al lector el curso y estructura de los argumentos de Aristóteles, especialmente aquellos que son ambiguos y no llegan a nada definido a lo largo de varios capítulos. No participa en las controversias eruditas provocadas por Kenny, aunque no mantiene en secreto su propia creencia de que, la EE es anterior y en general menos compleja de la EN. Lo que sí, hace, es aplicarse pacientemente a la tarea de desmenuzar la sucesión de ideas del pensamiento de Aristóteles, con frecuencia después de equilibrar las construcciones alternativas de éstas con una habilidad experimentada y segura. En suma: un trabajo de gran criterio, tacto y autoridad.

No resulta ser ninguna sorpresa encontrar al autor de *What is Existence?* recomendando *De Generatione et Corruptione* como 'el intento de Aristóteles de tratar con el problema de la existencia en el tiempo'. Y C.J.F. Williams se muestra con el mayor realismo cuando obliga a Aristóteles a sostener un diálogo con el filosofar moderno sobre la existencia y otros tópicos metafísicos en GC—que también incluye muchas discusiones sobre materias como el crecimiento y la mezcla, que tienen menos atractivo filosófico inmediato. Me agrada el anticuado campanilleo de fanfarronería de su observación (p. 93):

Referencia y 'ontología' se entremezclaron confusamente de tal manera que dos y medio milenios de filosofía han sido incapaces de restaurarlas con seguridad en su mutua indepen-

dencia. Los grados en el ser eran asociados con grados de 'estidad', de individualidad. Por lo tanto, Aristóteles pudo así hablar, como lo hace aquí [318b15], de 'caliente' como teniendo el significado de individualidad, o de 'un cierto ser esto', en un grado mayor que 'frío'. Es el producto de la confusión, pero Aristóteles no es el único en confundirse. Nuestros contemporáneos pueden hablar de interpretaciones del cuantificador existencial, como 'objetual' o 'referencial', mostrando de esta manera, que ellos también confunden la interesante pregunta: '¿qué clase de expresiones individuales necesitamos?' con la pseudopregunta, '¿qué hay ahí?'

El comentario de Williams, escrito más discursivamente que los de Woods y Hussey, hace pocas concesiones al lector. Por ejemplo, la discusión del I,2, sobre divisibilidad infinita, se sumerge en un tonificante examen de las diferentes formas de representar la múltiple proposición modal cuantificada.

alguien es divisible en todas partes

en anotación polaca. Este no fue el único lugar donde el procedimiento se me presentó como tedioso. Pero el verdadero juez de un comentario no es su examinador sino el lector, que desea que sus dificultades con un pasaje en particular sean resueltas, o que proyecta comprometer su próximo turno de actividad intelectual a explorar el trabajo que constituya su materia. Sin duda que habría sido absurdo pretender que cualquiera, a excepción del erudito profesional o el filósofo, pudiera estar alguna vez muy interesado en GC, y las notas en este volumen están sabiamente dirigidas a éstos.

La introducción a la *Física* III y IV de Edward Hussey abarca unas 40 páginas, mucho más que en los dos Clarendon que he estado considerando. En ella el autor toma a su vez cada uno de los cinco ensayos que comprenden los dos libros (sobre el cambio, el infinito, el lugar, el vacío y el tiempo), y proporciona un resumen de su argumento, seguido por una discusión filosófica general acerca de los temas y cuestiones fundamentales que éste suscita. Esta es una excelente idea.

Despierta en el lector un apetito por el texto y una seguridad de encontrar su camino en torno a él antes de leer siquiera una palabra de Aristóteles (la introducción, por supuesto, pueden saltársela o pueden postergarla aquellos lectores que prefieran estar libres de prejuicios). También esto permite a Hussey relacionar a Aristóteles con preocupaciones contemporáneas en alguna medida, y presentarlo con vestiduras más modernas de lo que sería conveniente en notas sobre el detalle del progreso del argumento. Parcialmente como un resultado de esta estrategia, se las ingenia para comunicar un sentido de estimulación intelectual que falta en los volúmenes de Woods y Williams. Sólo parcialmente, ya que el tiempo y el infinito *son* temas más estimulantes y de mayor desafío que la virtud, o la buena fortuna, o el calor y el frío; y Hussey no sólo está completamente al tanto de la erudición aristotélica en sus temas, y bien familiarizado con el tratamiento de éstos dentro de la filosofía y ciencia contemporánea, sino que también tiene sus propias ideas con que contribuir a algunos de los argumentos contemporáneos más interesantes acerca de Aristóteles; por ejemplo, acerca de su finitismo y antiplatonismo (los cuales, al igual que la dinámica de Aristóteles, son la materia de un apéndice).

Yo encontré su escritura y pensamiento a menudo oscuros, especialmente las notas. Su tratamiento, por ejemplo, de la notoria definición aristotélica de cambio en III,1 como 'la actualidad de lo que es potencialmente, en cuanto tal', me confundió grandemente (¿cuál es el sentido que se obtiene uniendo la cláusula *en cuanto tal* con 'actualidad'?), en particular, después de leer el lúcido artículo de L.A. Kosman, al cual se atiene. También lo encontré provocativamente excéntrico, en ninguna parte más efectivamente tal, que en la teoría del tiempo en IV,11. Nada digo aquí de su proposición de eliminar 219b1-2 del texto, lo que efectivamente obligará a

los lectores a aclarar sus mentes acerca de la estructura y dirección del argumento de Aristóteles dentro del contexto. Más impactante es el tratamiento que hace de la idea de Aristóteles, de que el tiempo es un continuo dependiente de los continuos de cambio y de magnitud, la que él considera que es mucho más completa de lo que lo hacen la mayoría de los comentaristas. Una central proposición atañe al 'antes y después': 'el tiempo es un número de cambio con respecto al antes y después' (220a24-25). 'Antes y después' son generalmente construidos como adverbios, y como indicando de manera elíptica el hecho de momentos que acontecen más temprano y más tarde. Hussey los considera como adjetivos, como destacando 'alguna cosa (o la cosa) que está sucesiva o simultáneamente presente en todas las etapas de la serie ordenada' —así se trate de una sucesión espacial o de una temporal. Esto lo lleva a atribuir a Aristóteles la opinión de que, si una línea está dividida en dos puntos, uno 'antes' y el otro 'después' (es decir, más lejos), entonces en cierto sentido sólo hay *un* punto en cuestión, lo que él llama 'el punto ubicuo', y lo interpreta como una división potencial que está presente en cualquiera y en todas partes sobre una línea no dividida. Esta curiosa entidad, cuyas credenciales aristotélicas se encuentran corroboradas por la referencia a 222a10ss., es, por supuesto, imaginada como exactamente análoga al 'ahora' de Aristóteles, su momento del 'presente permanente', cuyo movimiento desde el antes al después, constituye el transcurso del tiempo. La completa interpretación de Hussey de IV,11, a partir de las opciones que hace al traducir hasta la construcción total del argumento que eventualmente desarrolla, es una pieza de fascinante ingeniosidad. Se debió haber prevenido al lector incauto de su idiosincrasia. Pero una clase para estudiantes graduados obtendrá mucho incentivo de esta obra. Aquí, y a menudo en otras partes, el libro de Hussey es tan ameno como cualquier volumen, dentro de una colección dedicada reconocidamente más a lo útil que a lo placentero.

El interés contemporáneo por Aristóteles es algo que necesita estimularse más certeramente que con aquellos encabezamientos como: 'El esquema transaccional para analizar funciones' y 'Un análisis de los males sociales fundamentales y un programa para abordarlos', que cito de la obra de Abraham Edel, *Aristotle and his Philosophy*, uno de los tres trabajos generales de mi lista. El libro de Edel es una amplia descripción del pensamiento de Aristóteles. Expone su doctrina con cinco títulos principales (metafísica, el hombre y sus facultades, la teoría del conocimiento, la teoría de la práctica y teoría de la producción), y abarca las partes más importantes de todos los tratados que se han conservado. El libro es notable por su enfoque sistemático, el que Edel articula a través de su noción de una red conceptual, es decir, 'un grupo de conceptos básicos asociados de tal forma que, empezando con cualquiera de ellos (en un intento de entenderlo y explicarlo), se llega a otros, estableciéndose de esta forma, interconexiones dentro del grupo como una totalidad'. Este método, por supuesto, está basado en el propio método de Aristóteles; pienso en el *De Anima* II.1, y en la manera en que explora la relación del alma con el cuerpo, utilizando una serie completa de sus conceptos favoritos: *forma, materia, substancia, potencialidad, actualidad*, y así sucesivamente. En el empleo que Edel hace de ella, no se permite que los árboles oscurezcan el bosque, el que se ha estudiado con precisión y sensatez en su mayor parte, según los propios términos de Aristóteles, aunque hay comparación y contraste frecuente con puntos de vista más característicamente modernos. No hubo falta de discernimiento, por lo tanto, en los títulos de los artículos con los que empecé, sino que simplemente una monotonía en los escritos de Edel. La idea de una presentación sistemática de Aristóteles es admirable, especialmente cuando otros que escriben acerca de él sucumben a la tentación de utilizar lo que les agrada de él (por ejemplo, su visión general sobre la relación del alma con el cuerpo) y de encubrir lo que no les agrada (por ejemplo, su teoría sobre una razón inmortal). Sin embargo, el equilibrio y la comprensión son difíciles de mantener sin volverse insípido, que es el efecto que el libro de Edel alcanza, si es tomado en grandes dosis. El placer y el valor de leer a Aristóteles

vienen de abordar un texto en particular, mientras se trata de descubrir su lugar dentro del esquema total de su filosofía. Esta interacción a menudo frustrante está ausente de las páginas parejas y útiles de Edel, rotundamente basadas como lo están, en la erudición y en el buen criterio filosófico.

Edel presenta su estudio como (entre otras cosas) una introducción a Aristóteles. Si yo tuviese que recomendar a alguien tal cosa, lo enviaría al brillante librito de Jonathan Barnes *Aristotle*, en la colección *Past Masters* de Oxford. Barnes cautiva la atención del lector con su primer párrafo y nunca la perderá de allí en adelante:

Aristóteles murió en el otoño del año 322 a.C. Tenía 62 años y estaba en la cumbre de sus facultades: un erudito incansable, cuyas indagaciones científicas abarcaban una gama tan amplia como la profundidad de sus especulaciones filosóficas; un maestro que inspiró —y que continúa inspirando— generaciones de discípulos; una polémica figura pública que vivió una vida turbulenta en un mundo turbulento. Se alzó sobre el mundo antiguo como un coloso intelectual. Ningún hombre antes de él había contribuido tanto al conocimiento. Ningún hombre después de él podía tener la esperanza de rivalizar con sus logros.

El estilo es directo, enérgico, retórico. Barnes despierta primero nuestro interés por el hombre y por la biografía intelectual del científico-filósofo: su concepción de un sistema de conocimiento formada en la Academia de Platón, su pasión por adquirir información, se satisfizo sobre todo en los años subsiguientes, lejos de Atenas en Asia Menor. Las ambiciones sistemáticas de Aristóteles para la filosofía y la ciencia forman de hecho el tema principal de este libro como en el de Edel. Los capítulos acerca de todos los tópicos y áreas centrales son interrumpidos por otros que argumentan en contra de los eruditos y los críticos, que menosprecian su sistema de pensamiento, ya sea considerándolo como un filósofo principalmente aporético, o no encontrándolo lo suficientemente escéptico y empirista, o ya sea interpretando mal su fidelidad hacia la teleología como un animismo infantil. Una cantidad sorprendente de terreno se abarca con excepcional lucidez y habilidad dentro de un espacio muy pequeño, a medida que somos conducidos desde una exposición enfocada con agudeza, apropiadamente sazónada con ejemplos hacia valoraciones de los logros de Aristóteles. El libro produce un cúmulo de conocimientos y de agudos pensamientos respecto de Aristóteles, desplegados con facilidad por un maestro en su oficio. La prosa de Barnes había sido, algunas veces en el pasado, desfigurada por largos rodeos de palabras, por una espesa formalización y por una extravagante metáfora. Muy rara vez ha escrito de una manera tan persuasiva o con tanta disciplina y vivacidad como en *Aristotle*.

El último volumen (tal como salió a la publicación) de la obra de W.K.C. Guthrie *History of Greek Philosophy* está dedicado a Aristóteles. Una apoplejía impidió que el escritor completara los capítulos sobre la *Política* y el *Arte Retórica*, como él esperaba hacerlo; sin embargo, en todo caso, el libro no aspira a ser la 'investigación enciclopédica al interior' (según palabras del propio Guthrie) que sus predecesores habían sido. Es más un retrato de Aristóteles —para usar un título ya previamente despojado de significación— o, como lo dice el subtítulo de una entrevista con él. Se ha sugerido que este volumen es tan selectivo y constituye tan obviamente un fragmento extenso, sin pulir, que el editor debió haberlo publicado como un trabajo completamente independiente, bibliográficamente distinto de la *Historia*. Equivocadamente, en mi opinión: en su estilo general, es muy parecido a sus predecesores, y en su mayor parte no es menos pulido; incluye una bibliografía (recopilada por la señora Catherine Osborne) comparable en proporción con aquellas de volúmenes anteriores; su aparición dentro de la *Historia* le asegurará el mayor número de lectores que se merece; y la enfermedad y la aproximación a la muerte, o incluso un cambio de los objetivos del autor, no merecen que se la excluya de la

*Historia*, especialmente una historia escrita por un autor que comprendió la filosofía de un hombre como una prolongación de sí mismo.

El caso es que *Aristotle* es el volumen más fascinante de la colección, escrito con una frescura, un gusto y una elegancia no superados y escasamente igualados en los volúmenes I-V. Después de unos capítulos introductorios sobre la vida de Aristóteles, sus escritos y evolución, Guthrie recurre a una caracterización de lo que él considera como los rasgos principales del filosofar aristotélico (aquí hay un espléndido capítulo sobre 'la mentalidad de Aristóteles'). Esto va seguido por una exposición de los temas más importantes, principalmente tratado por tratado: Guthrie reserva su verdadero entusiasmo para la teología y la psicología, donde sus consideraciones son especialmente recomendadas. Se ha dicho con frecuencia que lo mejor de Guthrie está en sus notas al pie de página, donde dispensa una guía económica a la enorme cantidad de literatura secundaria, y a las perspicaces observaciones sobre los juicios y la erudición de sus contemporáneos. En el volumen VI las notas son más completas y numerosas que nunca, pero esta vez el texto también está, más que lo habitual, bien provisto con su *Lesefrüchte*. Guthrie no demoró mucho tiempo discutiendo con sus colegas profesionales. El sí pensaba que los científicos con inclinaciones filosóficas y los filósofos con inclinaciones científicas de estos días y de tiempos pasados, tenían mucho que decir que pudiese iluminar, y recomendaba la manera aristotélica de ver las cosas, en contra del excesivo positivismo o análisis lingüístico. Su obra *Aristotle* no contiene demasiada exposición formal de la biología de Aristóteles, pero esto se compensa ampliamente por un vasto número de citas de biólogos que Guthrie encuentra simpaticizantes con uno y otro recuento, incluyendo a Linnaeus, Darwin, Sherrington, Joseph Needham y Jacques Monod. Guthrie tampoco se queda ahí: Sir Thomas Browne, Coleridge y Browning son todos llamados a prestar sus servicios, como efectivamente lo son escritores de artículos para el *Daily Express* y el *Sunday Times*. En esta reseña espero haber indicado que la erudición aristotélica profesional está floreciente. Guthrie nos recuerda la gran sociedad de pensadores y de lectores inteligentes a quienes Aristóteles, como un ciudadano de la república de las letras, ha hablado y continúa hablando.

Malcolm Schofield  
St. John's College, Cambridge